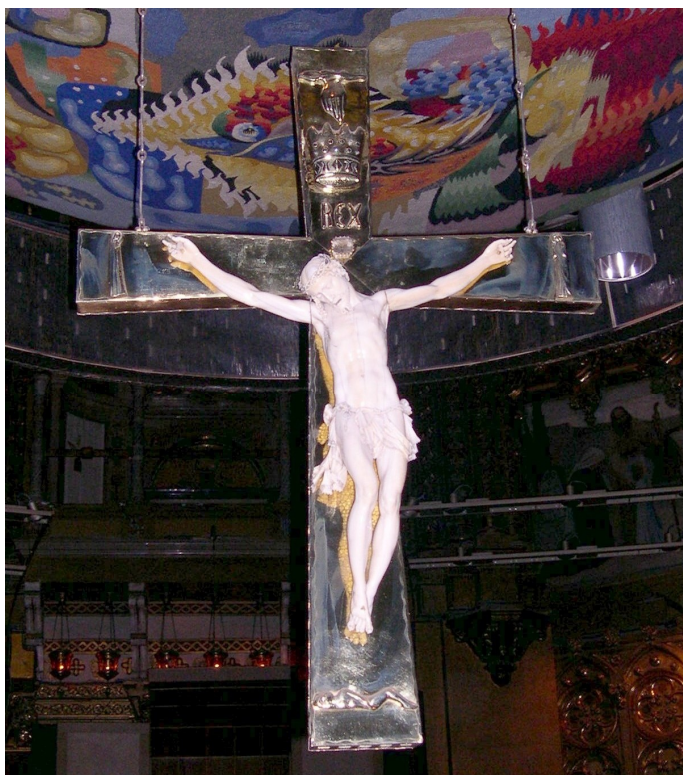


## DOMINGO DE RAMOS (B)

Homilía del P. Josep M. Soler, abad de Montserrat

5 de abril de 2009

Fip 2, 6-11



Queridos hermanos y hermanas: Estamos celebrando el Misterio del domingo de Ramos y de la Pasión del Señor. El núcleo de este Misterio va desde la aclamación de Jesús como Mesías y Rey, con la que hemos iniciado festivamente nuestra asamblea, hasta la muerte en cruz y la sepultura de Jesús que nos ha proclamado el texto evangélico de san Marcos. Pero si la aclamación de Jesús con los ramos en las manos y el relato de su pasión tienen una dimensión escondida y significativa al mismo tiempo es porque hay otro hecho que los empapa y les da sentido: la naturaleza divina de Jesús y su resurrección de entre los muertos.

Sintetiza bien la dimensión profunda de este domingo el fragmento de la carta a los cristianos de Filipos que hemos leído. San Pablo reproduce un himno cristiano que nos hace entender por qué podemos hablar de "celebración" ante la tortura y el asesinato de Jesús. Os propongo profundizar este texto del Apóstol, en el año que la Iglesia se propone conocer más el pensamiento de san Pablo. Y os propongo, todavía, repasar el texto paulino contemplando la cruz que preside nuestro altar de Montserrat. Esta cruz, con todos sus elementos figurativos, plasma bellamente el sentido de la pasión y muerte del Señor, y el don que es para la humanidad.

El himno que reproduce san Pablo empieza diciéndonos quién es en su ser profundo este Jesús que va a la cruz. Es *de condición divina*. Por eso, su existencia manifiesta a Dios de una manera visible. Esta *condición divina* es representada simbólicamente en nuestra cruz. Arriba del todo, de entre unas nubes que representan la esfera divina, sale una mano, que evoca la del Padre del cielo invisible. Esta mano tiene el dedo índice extendido, señalando hacia la talla tan bonita que representa a Jesús crucificado. Este dedo es una figura del Espíritu Santo; la liturgia lo denomina "dedo de Dios" (Himno "Veni Creator") porque con su fuerza lleva adelante la historia de salvación. La *condición divina* de Jesucristo es representada simbólicamente, pues, con una alusión a la Santa Trinidad.

Jesucristo *no hizo alarde de su categoría de Dios*, podríamos decir que no se la guardó cómodamente, egoístamente. Al contrario, *se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo*. Hizo al revés que Adán. Según el relato del Génesis, Adán, que era sólo un hombre, se quiso hacer igual a Dios (Gn 3, 4) y eso fue la causa de sus males y de su muerte. En cambio, Jesús, *no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo*, rehace el camino de

la humanidad y la lleva a su dignidad plena y a la inmortalidad. Este ser realmente hombre, *pasando por uno de tantos*, nos es mostrado, en nuestra imagen, por el cuerpo desnudo de Cristo, con una musculatura perfecta y, todavía, con su condición mortal, en el momento de expirar. El abajamiento del que era de *condición divina* no se detiene en *pasar por uno de tantos*, sino que llega hasta hacerse humildemente *obediente* al plan divino profetizado en el Antiguo Testamento y a inclinarse hasta *aceptar* morir con la muerte más vil: la de cruz. El fondo del abajamiento es compartir la muerte con los millones y millones de hombres y de mujeres que han existido y existirán. Por eso, la tradición cristiana ve simbólicamente la cruz plantada sobre el sepulcro de Adán; es una manera de decir que la cruz de Jesús cambia la suerte del primer padre y queda plantada sobre cada persona que muere. Es la solidaridad de Jesús con la condición mortal de la humanidad. Nuestra imagen nos presenta precisamente la figura de Adán muerto a los pies del crucificado.

Sin embargo, hay más. Después del movimiento descendente hasta la muerte más ignominiosa, el himno que nos transmite san Pablo contiene un movimiento inverso, de elevación. *Dios lo levantó sobre todo*, dice el texto. *Es una referencia concreta a la resurrección*. Pero haciéndonos ver que no ha vuelto simplemente a la vida terrenal, sino que con su humanidad transfigurada ha vuelto a la gloria divina - "sentado a la derecha de Padre", diremos en el Credo-- y *le concedió el «Nombre-sobre-todo-nombre»*. Es decir, le ha sido conferido no solamente un título sino una dignidad muy real. Porque es una referencia al *nombre* de Señor, la palabra utilizada en la tradición judía para expresar el nombre impronunciable de Dios. De esta manera, san Pablo nos hace ver cómo el señorío de Dios sobre todo el universo se revela en Jesús y en su humillación extrema de la cruz. Una humillación, sin embargo, que se transforma en exaltación y hace que el gesto de adoración y de homenaje debido sólo a Dios se dirija también en adelante a Jesús, el Señor, en el cual Dios se revela y actúa. La dimensión de exaltación, que es inseparable de la resurrección, está representada en nuestra cruz por medio de la corona, de la palabra "Rex" (Rey) -que remite al título de la cruz-- y



del ópalos que hay sobre la cabeza del crucificado. La crucifixión y la muerte de Jesús no son simplemente un accidente, sino *fuerza de salvación de Dios* (cf. Rm 1, 16), por eso todo está envuelto con la esfera divina representada por la nobleza áurea que viste la cruz y la hace resplandeciente.

Esta exaltación no es solamente a favor de Jesús, es en bien de toda la humanidad. Porque en la cruz vemos como el amor de Dios -de manera parecida al amor humano-manifiesta toda su intensidad en el sufrimiento. Este amor divino hace que la cruz esté plantada en nosotros, en cada persona, como muestra de solidaridad del Crucificado con nuestro sufrimiento y nuestra muerte y como enseñanza que nos ayuda a dar sentido. Contemplando a Cristo Señor crucificado, comprendemos que también nosotros podemos ser, por don divino, transformados de nuestra precariedad, de nuestro pecado, de nuestra condición mortal. Porque la cruz es vivificadora. En este sentido, la cruz es el nuevo árbol de la vida que reúne entorno a él al Pueblo de la alianza sellada en la sangre de Jesucristo. Nuestra cruz del altar lo simboliza con las dos personas que constituyen la Iglesia naciente entorno a la cruz: Santa María, la Madre de Jesús, y el apóstol san Juan. La vida del Crucificado nos viene por medio de

la acogida del Evangelio; por eso, en la parte opuesta a la del crucificado, en los extremos de los cuatro brazos de la cruz del altar son representados los símbolos de los cuatro evangelistas. En el centro, hay un medallón con el rostro de Jesús *-la vida verdadera-* del cual parten una serie de sarmientos cargados de frutos (cf. Jn 15, 1). Nos indica que el Crucificado Resucitado es dador de vida y nos transforma en discípulos vitalmente unidos a él y vivificados por el Espíritu. Es el cambio total de la suerte de Adán. Este fruto está contenido precisamente en la Eucaristía. Reconozcamos en ella la presencia de Jesucristo, el Señor, y dejemos que nos enseñe a dar frutos de vida *para gloria de Dios Padre*.